

Chile \$ 1950 (Iva incl.)

Recargo Flete de I<sup>a</sup>, II<sup>a</sup>, XI<sup>a</sup> y XII<sup>a</sup> región \$250.

12 A (965-)

ARTE • CULTURA • SOCIEDAD • AÑO 9 • JULIO 1999

# Rocinante

**ENTREVISTAS:**

Luis Sepúlveda

Günter Grass

Juan Villoro

Sonia Montecino  
**y la autonomía del  
pueblo mapuche**

**La SECH al banquillo**

**¿Dónde está el espacio público?**

Historiador Brian Loveman

**En Chile nunca hubo una democracia  
o una constitución de verdad.**

# El dilema de la SECH

*antonio riba*

*Crisis, polémica, falta de rumbo, acusaciones y discusiones de nunca acabar... Todos estos epítetos periodísticos se han trasladado ahora último desde la política y la economía hasta la Sociedad de Escritores de Chile; incluso algunos detractores utilizan el alarmista "muerto terminal". Pero, ¿cuánto de cierto hay en todo esto? La utilidad de la Sech se ha peleado desde sus inicios, hace ya casi 70 años. Lo nuevo, lo realmente nuevo es la sensación de un cambio inevitable. ¿Quién dará el primer paso?*

Al otro lado del umbral se despliega una gran sombra: el hall, el techo alto, la Casa del Escritor a un par de cuadras de Plaza Italia, en Santiago. La Sech está en crisis, la literatura chilena está en crisis. ¿Alguna vez ha sido distinto? "Cuando había algún acto los jóvenes se colgaban hasta de la lámpara", recuerda Luis Sánchez Latorre (Filebo). Eso fue en los '70 y '80, en la época "anormal" de la Sech, según Filebo. Hoy los jóvenes se preguntan para qué sirve la Sech. ¿La Sech? ¿Ese sonido semejante al chicharreo de un televisor? "La Sech tiene tanta tradición como el Orfeón de Carabineros -dice Jaime Collyer-, pero ¿quién escucha al Orfeón en el estadio? Es sólo una música de fondo". Tal vez ya es hora de cambiarla radicalmente, como exige la tradición nacional. Partiendo por la casa. Jorge Edwards la llama "ese mausoleo". Y en cierto modo tiene razón: es fácil imaginarse rondando por ahí a los fantasmas de grandes escritores: Teillier, Lihn, Cárdenas, Rubén Azócar, en fin. Teillier seguramente se venía caminando desde su trabajo en la Universidad de Chile, sumando esquinas, bajo el cielo pálido de Santiago de todos los inviernos. Los otros quizá de qué escondrijo surgían. El tiempo también es un fantasma. Pero, ¿dónde diablos están los fantasmas de los escritores del futuro?

Este artículo trata sobre la crisis de la Sech, no hay que perder de vista eso. La polémica tiene tantas ramificaciones como un árbol frondoso: la más complicada es determinar qué valores convierten a una persona en escritor. Chile es un país lleno de escritores, levantas una piedra y hay un escritor. Es muy común encontrarse con un sujeto que en una

premiación de cualquier cosa se presenta como: abogado, bombero honorario, locutor de radio y escritor. La vaporosa poetisa Cecilia Casanova sintetiza el cuestionamiento en estos términos: "A la Sech le falta un sentido más crítico, saber quién es quién. Están un poco perdidos".

"La Sech tiene que ser una asociación de escritores, de verdaderos escritores -sostiene Fernando Quilodrán, el nuevo presidente de la Sech-

Se requiere una instancia que determine la calidad literaria, pero ése es un tema delicado y subjetivo. Yo optaría por una discriminación a favor de los jóvenes, ellos tienen más posibilidades de tener una vocación. Claro que esto no puede ser una cuestión elitista: el joven bien puede ser un poeta popular".

La presidencia de la Sech debe ser el puesto político más difícil del país. Si tienes un enemigo, deséale ese cargo. Fernando Quilodrán -quien además es crítico literario de El Siglo- se lo toma con calma. Más que político (aunque milita en un partido, el PC), es diplomático. Tiene que serlo, porque no hay gente que disfrute más de estar en desacuerdo con todo que los escritores. Edwards recuerda riéndose que cuando él fue candidato a director de la Sech se produjo un gran escándalo porque la otra lista se robó las urnas. Eso fue en los '60. Al mismo tiempo, los escritores chilenos son muy buenos para los discursos: las reuniones de directorio de los días lunes se alargan hasta el infinito. Quizá por eso Quilodrán habla reposadamente y escucha del mismo modo, quién sabe qué le pasaría si no tuviese paciencia. Las peleas a puñetazos en la Sech no son cosa rara en su historia. Cecilia Casanova cuenta que en una ocasión, también en los '60, dos sobrinos de Elio Rodríguez se agarraron a combos con Agustín Palazuelo. Ella misma nunca aceptó ser parte de un directorio, "porque soy muy apasionada y paso a llevar a la gente". "Stella Díaz Varín también era bastante buena para pelear -prosigue-, buscaba hacer cosas como apagar los cigarrillos en las manos. Pero tengo que advertir que no me gusta que me entrevisten porque uno miente mucho".

El estilo de Quilodrán es el correcto. Pero tiene otros cultores, aunque todos con un sello propio, en anteriores presidentes. El más ilustre es sin lugar a dudas Luis Sánchez Latorre. En su largo mandato de doce años, entre 1973 y 1986 (en rigor fue el segundo, el primero se extendió entre 1968 y 1970), exhibe la proeza de que la Sech jamás fue allanada y eso que era un centro de abierta oposición a la dictadura. Habiendo tantos escritores en Chile (¡la Sech tiene más de mil socios!), nadie hasta la fecha se ha interesado por escribir una historia concienzuda de esa época de la sociedad, ni de ninguna otra. No sería mala idea empezar por ahí para comprender qué sucede hoy con la Sech.

## MARK TWAIN EN CHILE

A falta de una historia escrita, lo mejor es echar mano a la historia viva. Luis Sánchez Latorre habla como en un trance cuando se asoma a su pasado. Nada lo detiene: una parte suya más importante que la memoria se abre y lo vuelve arrollador. La entrevista fue por teléfono, así que fue como escuchar un eco en el vacío: "Sólo gracias al Espíritu Santo nunca nos allanaron durante la dictadura. Cuando vino la debacle había un directorio que era pro UP. Tras el golpe se pensó si cerrarla o dejarla abierta para defender a los que quedaban aquí dentro. Una asamblea grande decidió al final que continuara y se propusieron nombres para el nuevo directorio ya que, si no lo hacíamos, el gobierno iba a nombrar a dedo. Olga Arratia y Poli Déllano me propusieron. Ahí



Rodrigo Gómez

me puse a buscar gente adecuada para pelear y que no la echaran del país. Nombramos a un cura, Fidel Araneda Bravo (Deán de la Catedral de Santiago y académico de la lengua); a un ex comandante en jefe de la Fach, Diego Barros Ortiz; a Juan Uribe Echevarría, profesor de castellano del Pedagógico; a Martín Cerda; y a Fernando González Urizar. Con esa gente optamos funcionar como asamblea permanente: era como la Revolución Francesa en un país gobernado por una dictadura militar”.

Durante su presidencia, cuenta, se hicieron las filiales en provincia. Todo tenía una fuerte connotación política, por lo que debían cuidarse mucho de que a los jóvenes no se les pasara la mano y terminarían cerrando la Sech. A las reuniones semanales empezaron a asistir 70, 80, 90 personas, todos, cual más, cual menos, ansiosos de dar un gran discurso antidictatorial. Latorre tenía que cortar a los latosos. Y lo conseguía a duras penas gracias a su carácter jovial. “Como soy lo menos dramático, la gente se reía mucho y lograba dar la impresión de que pronto saldríamos del atolladero. Yo hacía las veces de que estábamos viviendo en el país más libre del mundo y los ánimos se calmaban”.

“En lo político -continúa- fui simpatizante de la DC del primer tiempo, cuando estaba en etapa de formación intelectual. Respetaba a va-

rios intelectuales, partiendo por Eduardo Frei. Yo era orteguiano, no tanto tomista, eso me daba distancia de las posturas extremas y me permitía desenvolverme con cierta libertad y humor. Fui un gran admirador de Mark Twain también”.

En síntesis, bajo la dictadura la Sech se convirtió en una organización política. Era necesario, pero ¿y ahora qué? No sólo de política vive el hombre. Basta oír hablar a los escritores de la generación de los ‘80 como Diego Muñoz Valenzuela, Jaime Collyer y Ramón Díaz Eterovic, para darse cuenta de que el tema gremial está muy abandonado. Y para los más jóvenes, los que están recién empezando, el problema es estético: les cuesta hallar un substrato creativo en el medio literario chileno. ¿Y la Sech? “Muy bien, gracias, ¿y usted?”, les responde a los jóvenes (o al menos eso sienten muchos de ellos y se alejan).

## EL CONTORSIONISTA

“La Sech no es un muerto terminal”, afirma tajante Fernando Quilodrán, aunque siempre calmado, siempre tranquilo. Sólo una vez se enojó, cuando surgió el tema de los jóvenes: ¿Es o no la Sech una institución envejecida? (Jaime Collyer usa otro término: dice que es una institución “añeja”). “Los que dicen eso es porque me han visto el rostro”, respondió con acento duro (él es un hombre mayor). Pero luego volvió a su flema habitual para explicar que su directiva se ha esforzado por integrar a los jóvenes, incluso dice que dos de sus miembros son jóvenes: Isabel Gómez y Bernardo Chandía. Y lamentó que Memet no fuera elegido.

“La sala Pedro Araucario -agregó a continuación-, la cual lleva el nombre de un joven poeta muerto a los 32 años, figura emblemática, se la entregamos a los jóvenes. Allí Julio Espinoza los dirige. De todos modos, yo soy partidario de renovar la directiva: que haya más jóvenes y que la gente no se repita”.

En este punto los comentarios de Jorge Edwards calan hondo. Según él, cada cierto

tiempo hay un movimiento de escritores para hacer algo con la Sech, pero luego que pasa, el control siempre vuelve a manos de un grupo que nunca sale de ella. Y los dichos de Jaime Collyer también vienen al caso: “Durante toda su historia la Sech ha jugado un papel de tertulia, pero yo creo que eso debiera complementarse con lo gremial. Tiene sentido: el sistema del amiguismo sólo favorece a los escritores instalados en el sistema y a sus delfines, pero el estilo gremial favorece a todos”.

Ya es hora de dirigir todos los dardos contra Quilodrán. Él no tiene problemas con eso, de inmediato admite que la Sech no ha sabido abrir sus puertas a gente como Raúl Zurita, Alberto Fuguet, Gonzalo Contreras y Collyer. “Como Sech no podemos tener la actitud de ‘no me vienen a ver, no importa’”, sostiene. ¿No tendrá que ver que hallen en la Sech un sesgo político muy marcado, más aún ahora que siete de los once integrantes del directorio son comunistas? “Eso no es así, eso es un prejuicio”, niega rotundamente. “Aquí hay grandes nombres: está Gonzalo Rojas, Miguel Arteche, Poli Délano. Este no es un nido de rojos”.

Suma y sigue. Los jóvenes de nuevo. ¿Qué buscan los jóvenes? Porque algo tienen que buscar, ¿no? Quilodrán dice que un sentimiento de pertenencia generacional y que a lo mejor alguna gente se ha alejado

# poner el cascabel al gato

## *ramón díaz eterovic*

A pesar de los pesares sigo convencido de la importancia de contar con una Sociedad de Escritores de Chile que nos una y represente. Así lo siento desde que en los años ochenta, con otros escritores, nos incorporamos a la SECH, a un espacio que entre otras cosas, nos permitió conocer a muchos de nuestros pares y ser parte de una voz común cuando fue necesario defender la libertad de expresión y otros derechos que se les arrebataban a los chilenos.

Posteriormente, al inicio de los años noventa, participé en la dirección de la SECH con la intención de potenciar su trabajo hacia aspectos más vinculados al quehacer de los escritores y a la difusión de nuestra literatura. De ese trabajo nacieron iniciativas como la Revista "Simpson 7", el "Primer Salón del Libro", el Seminario sobre el Fomento de la Lectura, los aportes de la SECH a la Ley del Libro, y el Congreso Internacional de Escritores "Juntémonos en Chile". Entonces pensábamos que la SECH estaba en un buen pie para crecer y acoger cada vez a más escritores.

Sin embargo, en los últimos años su nombre se asocia a una continua pérdida de representatividad, causada por el alejamiento y la renuncia de socios, rencillas internas, animosidades pequeñas y carencia de propuestas originales. Nadie podrá negar que la SECH está en crisis, que sus actividades han dejado de tener la resonancia de otras épocas y que cada vez son menos los escritores que participan en ella.

La responsabilidad de esta situación recae en sus últimas dirigencias y también, en el hecho de que muchos escritores han caído en la trampa del individualismo, y al igual que otros sectores profesionales, estiman que la acción gremial es un asunto del pasado. La situación es grave, porque está en juego el destino de una institución que durante años ha acogido a los escritores chilenos, desde los más anónimos hasta nombres señeros como los de Neruda y la Mistral.

La sobrevivencia de la SECH es importante. Primero: porque los escritores tenemos problemas comunes que, en conjunto, son abordables con mayor fuerza y efectividad. Segundo: porque los escritores, con una perspectiva amplia y desde el conocimiento del oficio, podemos concretar proyectos que tiendan a la difusión de la literatura chilena, sin que esa difusión quede exclusivamente en manos de entidades académicas, gubernamentales o de empresarios. Tercero: porque en una época de exacerbado individualismo y fragmentación de los espacios comunitarios es más necesario que nunca preservar y desarrollar un espacio en el cual los escritores puedan retomar la sociabilidad que caracterizaba al medio literario en épocas anteriores.

¿Qué se necesita? Una propuesta amplia y creativa de sus actuales dirigentes; que retornen a sus actividades los escritores que, por uno u otro motivo, se han alejado; promover la incorporación de autores jóvenes; y que en las actividades de la SECH se reflejen las distintas expresiones de la literatura chilena, del pasado y de hoy. De no ser así, será natural ver aparecer a otras entidades que desplacen a la SECH o, como opinan algunos escritores, no quedará otra alternativa que poner candado a la querida casona de "Simpson 7". **R**



de la Sech por no encontrar eso. Pero, simultáneamente, afirma que lo que nunca habrá en la Sech es un magisterio. "Aquí no podemos dar certificados de excelencia literaria; lo que sí podemos hacer es unir a los jóvenes con obra reconocida con los connotados". (Sin ir más lejos, Alfonso Calderón dice que entró en la Sech para conocer a los maestros. Pero ya nos ocuparemos de él). A todo esto, sería bueno saber para qué existe la Sech en opinión de su actual presidente. Él dice que una de sus funciones es ser un lugar donde los escritores se juntan para discutir los temas gremiales y los problemas de política cultural, y amplificar la voz individual a la masividad. O sea, es un sitio donde se habla mucho. Pero en lo que sí la Sech es muy precisa es en su neutralidad estética: nunca se le pone etiqueta a un escritor.

"La neutralidad no implica prescindencia -advierte Quilodrán-. El escritor tiene una responsabilidad ética y social. Y cuando hablamos de una identidad nacional, de un premio municipal en todo el país, de que el Premio Nacional de Literatura se entregue todos los años y que nuestra organización recupere su puesto en el jurado, no estamos planteando ninguna prescindencia".

Naturalmente, no todo está en manos de Quilodrán. A veces da la sensación de que el problema de la Sech es demasiado complicado, algo así como que la literatura chilena actual no tiene identidad. Quilodrán no cree que la Sech tenga relación con eso. Es un vacío tan intrincado que para poder introducirse en él habría que ser un gran contorsionista, el mejor del mundo. El desafío de Quilodrán es convertirse en ese personaje. ¿Lo conseguirá?

## CALDERÓN REDIMIDO

Hace un año nadie hubiera dicho que Alfonso Calderón, luego de obtener el Premio Nacional de Literatura y recibir tantas críticas por eso, llegaría a tener más apoyo fuera de la Sech que dentro de ella. Pero así es. Poli Délano dijo que la salida de Calderón fue una torpeza de la Sech, y él es uno de los escritores claves de esa entidad. Él estaba en el extranjero cuando ocurrió, por lo que no pudo ver los hechos con sus propios ojos. Según Quilodrán, todo sucedió en una reunión ordinaria de directorio, cuando la escritora Nelly Cid realizó una manifestación contra Calderón repartiendo unos papeles. "Ahí cabían dos cosas -dice Quilodrán-: reprimir a la manifestante o dejar que todo terminara solo. Se dijo entonces que al tolerarlo había una permisividad o complicidad". El caso es que poco tiempo después renunciaron a la Sech Alfonso Calderón, Teresa Calderón y Thomas Harris, una acción completamente insólita.

¿Por qué ocurrió esto? Alguna gente dijo que tras el embrollo estuvo el Partido Comunista, pero de hecho Nelly Cid es militante demócrata cristiana. La verdad es que ya nadie sabe por qué sucedió. Quilodrán dice que ninguna persona puede afirmar que Calderón no es un digno Premio Nacional e incluso está dispuesto a pedirle que vuelva a la Sech. Jorge Edwards piensa lo mismo y recuerda que él defendió a

Calderón en el diario La Segunda. Y Collyer es aún más tajante: dice que él hubiera renunciado con los Calderón si hubiese pertenecido a la Sech.

Calderón no se inquieta, aunque está claro que la organización le importa. Dice: "Lo que ocurrió allí fue una agresión a un socio que estaba ausente. Durante la dictadura, la Sech levantó la voz por premios que supuestamente no lo merecían, pero en ese tiempo también se premió a buenos escritores, como Arenas y Anguita".

Así que volver a la Sech es algo que por ahora tiene "congelado". "Es un acercamiento lento", afirma con cierto laconismo. Por de pronto, la sigue reconociendo como la institución más importante de los escritores y la apoya en su demanda de recuperar un jurado en el Premio Nacional. Y, además, recuerda con admiración la presidencia de Luis Sánchez Latorre, época en que incluso llegó a integrar la directiva.

## EL PLACER DE LA DISIDENCIA

"La Sech tiene referencias interesantes como para plantearse hacer cosas. Es un buen instrumento, pero está muy alicaído. Si se propusiera un objetivo limitado, pero de interés nacional, como hacer algo a favor de la lectura, yo ayudaría. Eso incluye la edición, los derechos de autor, los espacios de la literatura en los medios, en fin".

Quien así habla es Jorge Edwards. Aunque quizá nunca lo conversaran con Jaime Collyer es como si se hubiesen puesto de acuerdo. Ambos piensan que en nuestro país el escritor está muy desprotegido, que no se le paga nunca y que tiene que sufrir el flagelo del pirateo. Pero Collyer es más duro. "En general, desconfío del escritor institucionalizado y de las instituciones literarias", afirma. "El escritor de verdad es un lobo solitario".

Pero, pese a sus dichos, él también tiene su propuesta: "La administración de Ramón Díaz y Diego Muñoz fue positiva. Ellos crearon una práctica tarifaria mínima. Otra utilidad de la Sech sería crear una agencia literaria. Esas cosas necesitan los escritores más que escuchar recitales o tomar vino en el subterráneo. El día que la Sech las haga me inscribo encantado".

La supremacía del PC molesta a Jorge Edwards. Según él, cualquier mayoría política en ese directorio es mala y para probarlo cuenta que hasta el mismo Neruda cuando fue presidente se preocupó de que la directiva no fuera exclusivamente comunista. Pero dice que la Sech es un organismo electoral y que hay que proponerse tomar el poder.

Todas estas opiniones sobre la actual directiva le parecieron absurdas a Poli Délano. "Los electores tuvieron esa opción. ¿Cómo se evita esa mayoría si es la gente la que vota?", afirma con firmeza. Y luego añade: "Yo he sido siempre adicto al trabajo gremial de los escritores, pero ya no quiero cargos y responsabilidades concretas. El único afán que me mueve es escribir. Hay un programa de este directorio, básicamente comparto esas ideas". Délano integra la Sech desde 1961 y a finales de los '80 fue presidente, período en que organizó el evento "Chile Crea". Así que sabe lo que es estar cansado por semejante trabajo.

A quien es difícil imaginar como presidente de la Sech es a Jaime Collyer, aunque nunca se sabe. De todos modos, en estos momentos es reacio a dar un recital allí. Dice que "no te lanza a ningún público, es un lugar tan oscuro y frío, anda tanto esperpento dando vueltas..."

## EL ÚLTIMO HÉROE

Muy bien, llegamos al final. Pero en este relato hay un héroe, Luis Sánchez Latorre, y es mejor dejar que él lo termine. De esta manera se refirió al momento que hoy pasa la Sech:

"Ya voy muy poco a la Sech. En ese tiempo me iba caminando desde El Mercurio en calle Compañía. Ahora tendría que caminar demasiado y gastar mucho en locomoción. Pero me parece que la Sech vuelve a ser más discreta, lo que era antes. Me he fijado que todos los que han gobernado algo al retirarse hacen grandes defensas de su labor. Yo no soy así, yo creo que uno tiene que defender el momento. Jamás me voy a levantar para decir: 'Yo hice esto en mi período'. Me tocó algo difícil, salir adelante en circunstancias extremas. Eso es todo".

# la sech que fue y la que es

*miguel arteche*

Saltemos de 1932, cuando se fundó la SECH, a 1999. Es como saltar de Pablo Neruda, Manuel Rojas o Alberto Romero —presidentes de la Sociedad de Escritores— a Edmundo Herrera. No es sólo un salto de generación. Es, además, un salto al país de hoy. O recordar a Domingo Melfi, Ernesto Montenegro, Mariano Latorre, Joaquín Edwards Bello o Marta Brunet, que fueron directores de la SECH. El golpe de Estado de 1973 ensombreció al país y ensombreció a la Sociedad de Escritores. Durante la dictadura, Luis Sánchez Latorre la dirigió con mano fina de equilibrista. No podía hacer otra cosa. Tanto la dictadura como el presidente de la SECH estaban interesados, por distintas razones, en que no desapareciera.

En 1996 fui elegido director de la SECH. Pero la Sociedad de Escritores no era la misma que conocí, por ejemplo, hacia 1960. Los escritores de Chile asistían a sus sesiones y participaban de ellas. No había sesiones abiertas a todo público, forma demagógica que hoy se practica cada quince días y es alimento gratis de propagandistas. No había personas que desfilaran en las sesiones portando pancartas donde se difamaba a otros escritores que no podían defenderse. Las sesiones no transcurrían en una atmósfera caliginosa. Francotiradores no se creían dotados del don divino de la palabra o de la hipnosis verbal en mi tiempo. Los argumentos empleados no eran entonces razones de la sinrazón. La manga ancha de la SECH no admitía, como admitió, a personajes como Don Francisco. ¿Qué méritos tenía este charlatán televisivo para transformarse en socio de la Sociedad de Escritores de Chile?

En 1998 renuncié al cargo de director por razones, como dije en mi carta, "antialcohólicas". Un escritor, porque supongo que es escritor, afirmó que mis razones le extrañaban porque había compartido conmigo una botella de vino. Olvidó que yo bebí sólo una copa y que el resto de la botella se la puso él. Sigo creyendo que el vino, bebido moderadamente y no por cataratas, no ha liquidado a los escritores ni los ha dejado listos para la foto. Mis razones antialcohólicas se referían, además, a la forma de trabajar en las sesiones de la SECH. A la pérdida de tiempo que significa tener que oír a oradores presuntuosos en aburridas sesiones públicas. A la errática dirección de un presidente que creía resolverlo todo nombrando comisiones, esa antigua y actual enfermedad oriunda de Chile.

Desde luego se hicieron cosas buenas en el período 96-98, que no se habían hecho en períodos anteriores. Por ejemplo: la resurrección de los premios Alerce, la puesta en marcha de la biblioteca, la entrega de dinero a escritores que lo necesitaban, la claridad de otros dineros recibidos y el destino de ellos.

Pero el problema sigue en pie. Muchos escritores destacados de Chile no tienen relación alguna con la SECH. No les interesa. Dicho de otro modo, ella ha perdido la importancia que en otros años tuvo. Como la democracia que se practica en nuestro país, la SECH vive de un prestigio que se le escapó.

Parece que el nuevo presidente, Fernando Quilodrán, mantiene firme el timón y dirige el barco a buen puerto, aunque no sabemos a qué puerto se dirige. Es sensato, buen ajedrecista, tiene rostro de inquisidor, goza de buenos modales, no es alcohólico y rechaza a los palabreros. Esto, por lo menos, es lo que se me ha dicho de él.